



**LA VIDA
TRÁS JOE**

Harper Fox

Nota del equipo TH:

Bueno este libro es el primer proyecto en el que me dan la oportunidad de participar, como editor. Quisiera agradecer a Zica, que me ha dado la grandiosa oportunidad de pertenecer a este gran equipo, como lo es TH.

Este proyecto, yo, particularmente lo esperaba desde hace mucho, y no me decepcionó. Espero y lo disfruten. Después de una larga sequía viene una gran época de prosperidad espero y todo sea próspero de aquí en adelante en TH.

Gershon

Sinopsis

Desde que su amante de muchos años decidió que había visto la "luz heterosexual," la vida de Matt ha estado cayendo en picada desde entonces. Seis meses de perdición en el mundo y visitas constantes al hospital, bastante alcohol y demasiados hombres. Matt sabe que está a punto de perderlo todo, pero le está resultando difícil cuidar de sí mismo.

Es entonces, cuando Matt conoce a Aaron. Un hermoso e inteligente chico, pero que al parecer, no está interesado en él. Sin embargo, incluso después de ver a Matt en su peor momento, Aaron no se aparta.

La bondad de Aaron hace creer a Matt que vale la pena darse una segunda oportunidad y seguir adelante; que puede haber una vida tras su pasado con Joe. Pero su felicidad se ve amenazada cuando Matt comienza a sospechar que Aaron está ocultando algo, o a alguien...

Índice del contenido

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Créditos](#)

La vida tras Joe

Harper Fox

Capítulo 1

Diciembre, nordeste de Inglaterra.

Llegué a la conclusión, hacia la medianoche en el Powerhouse, de que no es la ruptura lo que te mata. Es lo que viene después. Esta revelación, que llegó inmediatamente después de tomarme el sexto o séptimo chupito de JD, me pareció memorable. Quería compartirla con alguien. Pero ese es el problema con el Powerhouse —y el Barking Dog y el puñado restante de antros gays que luchaban por resistir a través de la rehabilitación del barrio oeste de Newcastle upon Tyne—, no te comunicas, al menos no verbalmente. Una canción cuya única letra era “*Riverside, motherfucker*” repetida a intervalos por la voz psicodélica y electrizante de su cantante, había estado sonando en el club los diez últimos minutos. Si quería hablar, tendría que acercarme mucho. En contacto directo con la oreja de alguien. Quizás pudiese intentarlo con él. El estereotipo que estaba en la barra. Mientras estaba en ello, podría decirle las reglas —porque *hay* reglas por aquí, incluso para el bullicioso mar de carne y músculo que competía en la pista de baile, interpretando sus roles y los de sus parejas durante la noche. No puedes tan solo venir aquí cuatro fines de semana seguidos, sentarte a observar como él hacía, y no esperar que liguen contigo. No es como si pareciese ofendido por los intentos habituales. Cualquiera que fuera su método para repeler a los que se le acercaban, era silencioso. Cordial, incluso; la mayoría de los rechazados se habían alejado sonriendo. Está bien. Mi turno. Si él era el arquetipo de solitaria dignidad —moreno, impasible, condenadamente guapo en un estilo industrial, todo músculo delgado bajo su ajustada camiseta negra, una chaqueta de cuero tirada sobre la barra a su lado—, yo era mi propio tipo de caricatura, quizás acorde con la suya. Amigos, espejos y un ego intacto —alguna vez me habían dicho que yo también era bonito—. Un estudiante de postgrado y un guapo y prometedor joven doctor. Rubio trigüeño en contraste con su moreno. Siempre conseguía a mi hombre. La canción decía: “*Riverside, motherfucker*”, y parecía la palabra de Dios. Me levanté. Me estaba mirando tan inexpresivamente como miraba todo y a todos a su alrededor, pero tenía su atención. Mi pelo color trigo se mostraba en todo su esplendor si me lo echaba casualmente hacia atrás. Seguí mi maniobra, cogí la brillante pancarta que

algún juerguista idiota había pensado adecuada para pegar por las paredes del lugar de reunión más duro de la ciudad y tirado por el suelo todo el lote. Me tiré sobre mi asiento. No me quedaba nada de lo que fuera que te hiciera sentir avergonzado, o incluso entretenido. Simplemente no me importaba una mierda. El ritmo martilleante continuaba. *“Riverside, motherfucker”*. En la barra, el estereotipo se había girado, por lo que su bien esculpido perfil era todo lo que podía ver. Estaba completamente quieto. Si se estaba partiendo el culo por dentro, era muy, muy profundamente. Wow. Tan amable como guapo. Definitivamente estaba rompiendo todas las malditas reglas de por aquí. No tuve mucho tiempo para pensar sobre ello. La barra y las luces estroboscópicas fueron repentinamente eclipsadas por la robusta forma de Lou McNally, mi ex-compañero de piso y autoproclamado guardián de mi virtud en noches como esta. No se le daba muy bien. Había perdido la cuenta de mis ligues ocasionales desde que Joe se había ido, pero, definitivamente, habían sobrepasado a la decena. En realidad, contando con que habían pasado seis meses desde que estaba solo, casi esperaba que hubiesen sido más.

—¡Matthew! —la voz de Lou llegó claramente, a pesar de la voz del cantante. Al contrario que yo, él no había perdido el truco estudiantil para hablar en discotecas. Cuidadosamente, colocó la jarra de mojitos que había pedido en la mesa. —Hey, rayo de sol. Sé que este va a ser un año difícil para ti, pero... —Sorteándome, rescató la brillante pancarta de los charcos de cerveza y otras cosas peores que cubrían El House para cuando las pistas de baile se llenaron ese sábado noche.

—No necesitas derramarlo para todos los demás. —Se desplomó a mi lado y me pasó una mano por los hombros. A cualquier otro lo hubiese empujado, o probablemente golpeado, pero Lou había sido una presencia en mi vida casi tan constante como Joe. Del mismo barrio de protección oficial de mierda, había pasado con nosotros a la educación superior, eligiendo estudiar medicina más por costumbre que por un deseo específico de beneficiar a la especie humana—. Vamos, Matt —dijo dándome un apretón, sirviendo un chupito de mojito descuidadamente en nuestros vasos—. Vamos a terminarnos esto y nos vamos a casa. —Lo consideré. Lou había estado haciendo la misma propuesta después de cada ronda desde aproximadamente las nueve y media. Si lo hubiese escuchado la primera vez, o incluso la quinta, podría haberme ido con dignidad. Quería explicarle que no era mi maldita culpa el estar allí en primer lugar. El año pasado a esta hora —y de hecho los seis años

anteriores—, habría estado en casa con Joe. Estudiando, haciendo la cena. Quizás incluso desarrollando sus curiosos regalos. Revolcándonos por la alfombra junto al fuego. Cristo, incluso teníamos una perra, ahora alojada con mis padres, que claramente la veían como una pobre sustituta de los nietos que un chico sano podría haberles dado. Joe y yo estábamos hechos para estar juntos para siempre. Por siempre, si tan sólo él lo hubiese visto de esa forma y no hubiese tenido, discretamente, un affaire de dos años con tanto esmero que, cuando finalmente rompió conmigo, su nueva vida ya estaba hecha. Un hecho consumado, indiscutible. Me quiso, siempre lo haría, pero no podía vivir para siempre en la subcultura. Quería niños. Quería a alguien a quien llevar a casa que no hiciese llorar a su madre y volviese de un púrpura apopléjico el rostro de su padre. Básicamente, quería una chica, y durante los dos últimos años había encontrado, conquistado y ganado una. Joe se había ido para casarse. Sí. No es la ruptura lo que te mata, es la mierda que viene después. No era culpa mía estar de vuelta en el Powerhouse, The Dog, la jodida banana azul, atravesando una escena de soltero de la que no me tuve que preocupar cuando todos los de mi edad estaban emparejándose, porque yo ya tenía a mi chico, mi otro lado, con el que yo venía aquí a bailar, y quizás incluso a llevar a algún afortunado tercero a casa con nosotros para divertirnos, tan completamente seguros de que teníamos la inquebrantable lealtad del otro. Pero Lou ya sabía todo esto. Lo había escuchado diez veces antes, probablemente más; a veces era un amnésico, así como un borracho llorón. Más aún, había estado en primera fila durante toda la catástrofe. Tan amigo de Joe como mío, lo había visto desde los dos lados. No me dijo lo que pasaba, desde luego, y se había mordido la lengua por sus buenas razones. Pero Lou lo sabía. Y a pesar de toda su amistad y apoyo en mi nuevo estado de soltero, eso era algo difícil de olvidar. Repentinamente, no podía perdonar a nadie. Ni a Joe, ni a Lou, ni a la muchedumbre de hombres de la pista de baile y que holgazaneaban por las mesas. Porque *eran* hombres. En este círculo, comenzabas a verte vergonzoso si aún seguías saliendo después de los veintiuno. Joe, la caricatura de la barra, y yo, estábamos como seis años fuera de la demografía del ambiente. Lo peor de todo, no podía perdonarme a mí mismo por necesitar estar aquí. Por sentirme tan desconsolado sin estar como una cuba, sin la polla de un extraño en el culo, por no poder ni siquiera pasar un fin de semana en casa solo... Me tambaleé alejándome del brazo de Lou. Me puse de pie, y sentí cómo me seguía, dándome un firme apretón en el codo que yo fingí no necesitar. —¡Oh bien! —gritó sobre el continuo ritmo de “Riverside”—. ¿Vamos a casa? —Sacudí la



cabeza. No tenía sentido intentar hablar, pero Lou me conocía lo suficientemente bien para traducir mi señal. Apunté con el pulgar sobre su hombro en dirección a la barra y a su leal y guapo ocupante. «*Voy a por él*».

—¿Qué? Oh, no pierdas el tiempo. Le pregunté a Bob, el camarero, todo sobre él. Se llama Aaron. Trabaja en una planta de petróleo. Cuando no trabaja, viene aquí para beber y mirar a los chicos, y no quiere compañía, ni siquiera la tuya, niño bonito, así que ¿por qué no te olvidas de todo y vienes a casa con Lou mientras aún puedas andar?

—¿En una planta de petróleo? —Podría ser. Descubrí, para mi sorpresa, que aún podía reír. En algún lugar un Village estaría echando de menos a un People¹. Y en cuanto a “*ni siquiera la tuya*”, eso era como un capote rojo para el toro borracho que era ahora, lo peor que Lou podría haber dicho. Él debería saberlo bien. Desde luego, cuando me acerqué, resultó que no era del todo una caricatura. Mejor, pensé, abriéndome paso a codazos entre la muchedumbre de la barra. Como si el estereotipo hubiese crecido, transformándose en una serena realidad, observando mi acercamiento sin signos de placer o irritación. Sus ojos eran tan verdes que pensé que debía estar llevando lentillas, antes de decidir que no parecía de ese tipo. Tenía un tatuaje de una rosa, el cual deseé poder ver mejor bajo la fracturada luz del club, sobre su hombro. Ningún otro adorno, ni siquiera un anillo en sus fuertes y perfectas manos apoyadas débilmente en la barra. Ahora estaba muy cerca, a punto de ocupar el taburete vacío a su lado. Muchos hombres se habían sentado en esa ardua cima esa noche, se habían sentado y habían fallado. Bueno, yo no iba a bajarme sin él... Se hizo un hueco entre la muchedumbre, y me deslicé por él. No conocía frases para ligar. No las necesitas cuando estás prácticamente casado con tu novio de la infancia, y desde el divorcio, había confiado en mi aspecto y mi evidente hambre para que hablasen por mí. Él estaba bebiendo cerveza. Señalé su pinta, después al camarero, y articulé, «¿*otra?*» Desde allí podía ver que su pelo negro azabache estaba salpicado de plata, aunque no creía que fuese más de un par de años mayor que yo. Los contrastes eran, por alguna razón, un efecto irresistible. Una mancha en su perfección, una señal de que era presa de la edad y el destino como el resto de nosotros... Me tendió la mano. Su apretón era cálido y seco. Me agarró de la muñeca como si me conociese desde hace años, como si pudiese saber que me gustaba ser sostenido de esa manera.

¹ Referencia a los Village People, grupo musical muy conocido por su canción YMCA

Cuando habló, lo hizo fácilmente a través del ruido, aunque su voz era baja y suave. Acento local, pero no Geordie², no, una voz culta del interior, del este de Cumbria, quizás. Lentamente, sintonicé desde su sensación y sonido a lo que realmente estaba diciendo. Y entonces, como mis muchos predecesores, me bajé de taburete y me alejé. Derecho, más o menos, a los brazos de Nicky Harris. Por una vez no me importaba. Nunca pillarías a Nicky, un traficante de poca monta y rata del club, con una mano sobre tu hombro y diciéndote, tan amablemente que tu corazón casi caería de tu pecho al congelador de la barra, que eras demasiado bueno para este lugar. “—Te estás desperdiciando. Esto no se llevará el dolor”. Cristo Todopoderoso. Le había dicho a Bob, Lou, y a todos los demás que me conocían y frecuentaban este antro, que cerraran la puta boca sobre Joe y yo. No necesitaba las burlas o la lástima. Ni por supuesto tener lágrimas atascadas fuera de mi profundamente congelado corazón por el toque y las palabras de un extraño. Reconocí a Nicky entre un montón de estos. No lucía tan duro como normalmente. De todas formas, lo haría. Inevitablemente, estaba rebuscando en sus bolsillos algo que venderme, y esta vez cuando me ofreció una tira de E, cogí una. Me lo tragué secamente, sonriéndole. Cuando hizo un gesto para que le pagase, lo agarré del cuello de la camiseta y lo arrastré a través de la multitud. “*Riverside, motherfucker*”. La canción, obviamente un mix extendido, aún sonaba. Así de cerca de los altavoces, el sonido del bajo era suficiente para graparte a la pared. Lo dejé, permitiéndome una momentánea fantasía de que cada golpe era una uña atravesando carne y hueso. Aplasté mi espalda contra la pared, inclinando la cabeza hacia atrás. Nicky estaba de rodillas ante mí. Su pelo de punta y repleto de gomina no era para nada como el de Joe, ni para nada como había imaginado que la negrura moteada de plata podría sentirse. Pues mejor. Quizás debería estar abajo chupándosela para pagar la droga, pero sabía que Nicky aprovecharía la oportunidad para hacerlo él. También era un veterano aquí. Me había tirado los tejos incluso cuando Joe estaba cerca. Sí, de esta forma funcionaría bien para los dos. Sin problemas. Se había agachado como un corderito en cuanto chocamos contra la primera pared, y yo le había dado un empujón para enseñarle cómo iba a funcionar el trato.

Abrí los ojos y vi donde habíamos ido a parar Nicky y yo. Oh Dios. Esto era malo. Me había estado dirigiendo, supongo, a la conocida habitación de atrás del House pero no había llegado. Apenas estábamos fuera de la pista de baile. Me había tirado imprudentemente a gente en

² De Tyneside.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

